

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas

Universidad de Colima

pcultura@cgic.ucol.mx

ISSN (Versión impresa): 1405-2210

MÉXICO

1994

Gerardo Pacheco

VOCES JOVENES. LA VIOLENCIA EN LA VIDA COTIDIANA

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, año/vol. V, número 015

Universidad de Colima

Colima, México

pp. 283-295

VOCES JOVENES

La violencia en la vida cotidiana

Gerardo Pacheco

En todas las especies los más jóvenes
son más aventurados que los viejos,
más curiosos y exploradores,
más dispuestos al cambio pues, a lo nuevo,
y por lo tanto
más propensos a la muerte,
a morir por el cambio, por lo nuevo.
En todas las especies animales.
A morir por la especie.

Ernesto Cardenal¹

Introducción

Cada sociedad históricamente delimita el principio y término de la juventud. Define con precisión obsesiva sus rasgos de conducta o instaaura ciertas lagunas de confusión entre lo permitido y lo prohibido.

Frente a una realidad determinada cada generación internaliza un conjunto de significados y actúa una serie de normas que la conforman según el deseo y ubicación estructural de sus antecesores. Pero también en esta herencia pervive y se desarrolla el germen que posibilita su propia transformación.

En el fondo la preocupación mayor del poder instituido estriba en imponer las formas de pensamiento y acción requeridas para que los diversos sectores de la población, particularmente los jóvenes,

puedan ocupar un lugar en el sistema productivo; pero también está empeñado en recuperar para su control los momentos de autonomía y espontaneidad de que los jóvenes son capaces. Con ello, el poder dominante se propone invalidar y nulificar la auténtica experiencia juvenil e imponer lo que desde su perspectiva considera "pautas normales" de comportamiento.

A través de diversas investigaciones se ha demostrado que ni la drogadicción ni la violencia ni la compulsión al consumo constituyen las características psicosociales que permitan definir y encapsular, como se ha pretendido, a los sectores juveniles.² Es más bien la capacidad de autoorganización de los grupos juveniles lo que sustenta la actuación de sus potencialidades de transformación personal y social, su característica más sustantiva. Para mediatizar estas capacidades de transformación que el poder establecido interpreta como amenaza permanente, el aparato represivo, apoyado en los medios masivos de comunicación y en alianza con las ciencias sociales, de la salud, del derecho, de la misma psicología, emprende un corte, una disección para excluir al sector de los jóvenes más rebeldes: simplemente los etiqueta como delincuentes, enfermos y desviados. De este modo las instituciones, sea cual sea su signo, siguen todas ellas una misma lógica que las convierte en igualmente represivas. Un movimiento instituyente, como podría conceptualizarse el movimiento juvenil hacia la autogestión al margen del poder instituido, sólo sería aceptado por el sistema de dominación vigente en la medida en que puede hacerse equivalente o intercambiable con formas sociales ya existentes.³ Lo instituido ha mercado desde antiguo las reglas del juego.

El contexto

En la época prehispánica Santa Fe era una región boscosa donde abundaban pinos, eucaliptos y abetos, con mantos de arena, bañada por manantiales y ríos que bajaban de la montaña al Valle de México. Después de la conquista se inició la explotación y con ella la devastación de sus recursos naturales. De sus bosques y minas se obtuvo madera y arena para la construcción de la ciudad colonial. En esta época Santa Fe adoptó la autonomía como forma de organización interna.

En la actualidad Santa Fe ha quedado totalmente absorbida por la capital de la república y constituye un asentamiento integrado por más de 60 colonias que se ubican en la delegación Alvaro Obregón del Distrito Federal.

Santa Fe es hoy una zona de agudos contrastes entre la miseria y la opulencia. En ella se erigen viviendas improvisadas, construidas

con lo que se ha encontrado a mano: madera, lámina de cartón; presa de la insalubridad y contaminación por la carencia de servicios públicos. El 45% de su población son jóvenes entre los 12 y 29 años de edad.⁴

Fue necesaria la aproximación a este territorio para documentar las voces de sus jóvenes a través de un pequeño grupo de representantes. El tema propuesto giró en torno a la violencia en la vida cotidiana y derivó hacia la relación existente entre violencia e institución, es decir el papel represivo del Estado a través de sus instituciones, en el ámbito de relaciones cotidianas. Se realizaron tres entrevistas —diríase más bien conversaciones— en las cuales participaron cinco jóvenes dirigentes con una larga trayectoria de trabajo político en el Consejo Popular Juvenil Ricardo Flores Magón de Santa Fe, organización independiente que a mediados de la década pasada avanzó por toda la periferia de la gran urbe, conformando un inmenso círculo alrededor de la ciudad de México. Actualmente estos jóvenes coordinan en una de las colonias de esta zona un centro de servicios comunitarios para niños y jóvenes.

Ante la preocupación por respetar al pie de la letra el discurso de los jóvenes de Santa Fe se ha logrado un texto por momentos rígido y reiterativo, plagado de expresiones coloquiales y redundancias. No fue posible salvar estas limitaciones.

El texto

Violencia y cambio

Si analizamos la definición de violencia y tratamos de encontrar un denominador común nos vamos a percatar que la violencia implica siempre una conducta agresiva. Pero si vemos la violencia desde otra perspectiva nos damos cuenta también que la violencia puede generar no violencia. Cuando ocurre por ejemplo un cambio radical en las estructuras socioeconómicas de un país. Es verdad que un cambio de esta naturaleza en una determinada estructura económica supone y requiere de la violencia que puede ser física o política. La transformación la requiere. El proceso de transformación es un proceso de violencia que es social, pero también individual. El poder no sólo político, sino aquel que está implicado en la trama de las relaciones cotidianas, se ejerce siempre con base en la violencia.

Ejercicio del poder

Más allá de las teorías en torno a la violencia yo puedo percibirla en dos niveles: uno físico y otro no menos real que yo llamo sublimi-

nal. Ambos niveles de violencia suelen manifestarse dramáticamente, más en particular en los sectores populares de nuestro país. En México, en tanto estado de derecho que, entre paréntesis, hoy está seriamente cuestionado por el gigantesco fraude en las elecciones presidenciales, se ha justificado esa violencia como ejercicio de poder de un Estado aparentemente fuerte hacia los estratos más débiles de la población. Este ejercicio se concreta en la apropiación del trabajo del obrero, en la explotación y en la miseria en la que se tiene sumidos a los jóvenes y a la población en general. Gobierno inepto e incapaz de crear alternativas, programas o proyectos para solucionar las grandes carencias y problemas de la gente, como son hacinamiento, desnutrición, miseria y promiscuidad.

México es un país donde se ejerce cotidianamente una violencia brutal y sanguinaria contra los chavitos. No se trataría tan sólo de la violencia física, es algo mucho más grave. Hemos perdido la capacidad de asombro y de respuesta. Cómo es posible aceptar y ver como algo natural que miles de niños en nuestro país trabajen y vivan en las calles en condiciones infrahumanas, vendiendo chicles, limpiando los cristales de los coches a todas horas del día y de la noche, quedándose a dormir en las calles, en los mercados, calentando su cuerpo con periódicos y con los perros callejeros para no morir de frío. Finalmente las heridas del cuerpo se restañan, pero esa violencia repercute en su cerebro y va a marcar su desarrollo para toda la vida. Deveras que el gobierno tan ocupado hoy en las conversaciones para sacar adelante el Tratado de Libre Comercio no tiene madre.

En esta sociedad violenta, a nadie, mucho menos al Estado, tan preocupado hoy en dar el tiro de gracia a los campesinos, le interesa crear alternativas a través de las cuales sea posible satisfacer las necesidades más vitales de las familias, sobre todo de los sectores populares.

La normatización de la vida

Mira, cuando tú no te comportas de acuerdo a una norma moral o ética que impone la sociedad, entonces eres un ser anormal, eres etiquetado, eres estigmatizado porque no eres igual a los demás. Siguiendo esa lógica el sistema se ve en la necesidad de endilgar un membrete a las bandas que es este: las bandas, es decir los jóvenes son violentos. Creo que tú mismo escribiste en alguna parte que las teorías norteamericanas sobre las bandas están plagadas de prejuicios y generalizaciones. En el fondo se trata sólo de una justificación que el propio sistema ha encontrado para reprimir.

Si nosotros cubrimos bajo el manto de la marginación, de la desviación a un grupo social, es decir si lo etiquetamos, obviamente lo

condenamos a lo oscuro, y lo oscuro conlleva a una serie de retraducciones dentro de ese mismo comportamiento. La banda encubre otro tipo de comportamientos que son derivados no precisamente de la misma convivencia de los jóvenes, sino de sus propias necesidades. Porque hablamos de jóvenes que a lo largo de su corta existencia han carecido de los bienes y satisfactores necesarios para su desarrollo. Quizá por esta razón muchos jóvenes desean la satisfacción inmediata de sus demandas, incluso internas, y de sus necesidades. Muchos jóvenes hoy no tienen tiempo de enamorarse, ni siquiera se lo plantean. Son prácticos, sólo quieren el faje sexual de las chavas. Si pueden experimentar con drogas lo hacen de inmediato. Tal vez tú mismo dirías que se trata de inmadurez o de una conducta compulsiva, yo diría más bien que lo hacen porque a lo largo de la vida han carecido del bienestar mínimo. Por eso es importante que antes de analizar los efectos o las conductas de los grupos juveniles investiguemos las causas: nos vamos a dar cuenta que esas conductas están vinculadas a una realidad social, incluso en un análisis macro-estructural en el cual las conductas individual o grupal es consecuencia de, no causante de.

Otro estigma con el que frecuentemente se encapsula a los jóvenes es la drogadicción. Es la otra violencia, la violencia interior. Dentro de ésta se puede derivar otro tipo de violencia, aquella que el joven actúa bajo los efectos de la droga. Aunque bien sabemos que la drogadicción no es un problema exclusivo de los jóvenes, sino de la sociedad. Vivimos en una sociedad que ha sido invadida para su control por adicciones diversas: el ruido, la contaminación, las modas, el consumo masivo y compulsivo de chatarra, basura y mugre. La violencia que caracteriza particularmente al joven adicto ha marcado una brecha entre él y la institucionalidad. Cada vez hay más distancia entre uno y otra, y a mayor distancia mayor violencia.

La represión familiar y escolar

La familia y la escuela son dos instituciones comprometidas en una fuerte alianza contra los jóvenes. Las instituciones escolares son sólo guarderías, o más bien reclusorios ideológicos que cumplen la función de retener o entretener a los jóvenes por más de 18 años, en tanto que en la sociedad no existen para ellos alternativas de empleo ni de recreación. En este sentido la violencia que ejerce la institución educativa es evidente: cuando tú terminas una carrera y sales en busca de empleo no lo vas a encontrar. Ante esta realidad los jóvenes frecuentemente entran en crisis y se confrontan con el aparato familiar. La frustración es muy cabrona, más cuando la familia ha asimilado —porque no le queda otra— las formas de vida y con-

sumo de los países ricos. El conflicto existencial llega al grado que la familia truena.

Otra expresión de violencia en la escuela es aquella que se gesta por los mismos padres. Estos no suelen pensar en términos de que los hijos van a la escuela para superarse, prepararse, ocupar en el futuro mejores empleos más remunerativos y menos matados, sino que en algún momento llegan a considerar la escuela como una guardería que va a mantener a los hijos encerrados y controlados. La escuela cumple en este sentido la misma función que la televisión: es una excelente niñera.

La institución escolar presiona al maestro y éste ejerce la violencia, entre otros canales, a través de los programas de estudio. Cuando fallan los programas escolares quienes pagan los platos rotos son siempre los alumnos, no los maestros. Pero estos actos cotidianos de violencia por parte de la familia y de la escuela tienen sus orígenes, sus causas, a veces no suficientemente conscientes, pero no por eso menos reales. Hemos sido testigos en tiempos recientes de una recuperación del movimiento magisterial que ha sido tantas veces reprimido en la historia del país. No es posible exigir a los maestros que proporcionen una educación de calidad o de "excelencia", como se dice ahora, cuando apenas sobreviven con un salario de miseria.

La violencia que se vive en las familias de los sectores populares es casi siempre generada por la situación de impotencia de los padres frente a la urgencia de proveer el sustento material para satisfacer las necesidades de sus hijos. Yo recuerdo cuando era niño, éramos ocho hermanos; mi padre, obrero, apenas ganaba el salario mínimo y tenía que alimentarnos a todos. Cuando yo o alguno de mis hermanos nos aferrábamos demandando cosas mi padre se encabronaba y nos pegaba. Pero no nos golpeaba porque era violento, ahora lo veo, sino por sentirse impotente ante el deseo de darnos todo lo necesario y no poder hacerlo. Los maestros también son explotados, no ganan lo suficiente para dedicarse con seriedad a lo suyo, prepararse, actualizarse, no tienen estímulos. Es una vergüenza que sea precisamente nuestro país el que menos paga a sus maestros habiendo países más jodidos que el nuestro.

Es posible que ninguno de los presentes lo mencione, por eso quiero referirme también de paso a la Iglesia como institución generadora de violencia. La Iglesia también genera violencia en los jóvenes en la medida en que no les presenta alternativas reales y concretas para su desarrollo. Suele moverse en un plano netamente ideológico-especulativo y creo que por esa razón se ha perdido la religión en los sectores populares. Encontramos en la religión institucionalizada muchas respuestas para la otra vida y muy pocas para ésta.

Ejercicio del saber

La otra situación de violencia es la imposición del saber y los métodos que se utilizan en ese proceso. El ejercicio del poder desde el nacimiento hasta la muerte es un acto permanente de violencia porque violencia es poder.

Te puedes pasar la vida luchando contra estructuras de poder, tu familia, tu maestro, tu banda, tu compañero. Tú mismo eres gestor de violencia cuando eres padre de familia. El poder siempre está presente, eres objeto y sujeto de poder, las relaciones cotidianas son relaciones de poder.

En todos los ámbitos de la interacción humana se da la lucha contra el otro, a veces por sinrazones individuales. Hay quienes se debaten en una lucha individualista por romperle la madre al cabrón que se les ponga enfrente. La lucha de clases caducó, ahora se entabla una lucha feroz entre grupos: lucha de feministas, lucha de los jóvenes por espacios, lucha de bandas, lucha de ecologistas. Se trata de reordenamientos sociales ante un estado de insatisfacción generalizada.

Violencia urbana

Nosotros, a quienes nos ha tocado vivir en esta gigantesca y espantosa ciudad, estamos inmersos en la violencia. Tú lo puedes ver en los camiones, en el metro, en las peseras, en la calle, los acosos sexuales, asaltos, robos, atracos, están a la orden del día. Ahora entiendo a mi abuelita que me decía "la gente decente ya no podemos salir a la calle".

Y es que los bienes de nuestra sociedad están desigual e injustamente repartidos. Se acumulan en unas cuantas manos mientras la mayoría literalmente no tiene en qué caerse muerta. Así que mientras persista esta situación habrá violencia. Tú no te puedes comprar unos pinches zapatos mientras otros tienen veinte o treinta pares muy bien guardaditos en el clóset. ¡Qué poca madre!

Las razzias

La violencia más brutal en las colonias populares se ejerce a través de las *razzias*. A través de este ejercicio cotidiano de barbarie el Estado intenta justificar su ineptitud e incapacidad para crear nuevas fuentes de empleo para los jóvenes. No obstante el discurso institucional y político del regente de la ciudad, que solemnemente las ha declarado anticonstitucionales, las *razzias* siguen siendo una realidad cotidiana en nuestras colonias. Tú puedes estar en la calle tranquilamente, conviviendo con tus cuates y sólo por vestirme de manera diferente ya estás fuera de la norma y, por tanto, fuera del con-

trol social. Eres ya objeto manifiesto de represión. De este modo, para el discurso legal, eres delincuente juvenil; para el psiquiatra eres anormal y loco, para el discurso estadístico eres criminal.

Ojalá que de veras se persiguiera a quienes realmente delinquen, pero lamentablemente no ocurre así. Las cárceles estarían abarrotadas de políticos del PRI que sexenio tras sexenio se han venido enriqueciendo a costa del trabajo del pueblo.

Pero no; agarran a los inocentes y justifican su ineptitud. Ya nadie cree que los reclusorios, los consejos tutelares para menores, sean centros de readaptación social. Es sólo una broma de mal gusto. ¿Se readaptan a la sociedad? ¿A esta sociedad? Es como para morirse de risa.

Las cárceles están llenas, sí, pero de gente que pertenece a los sectores más explotados de la sociedad: jóvenes de colonias populares, campesinos, obreros, indígenas, gente sin empleo.

Hace tiempo nosotros fuimos invitados a un foro donde el entonces procurador de Justicia Sales Gasque afirmó que el derecho civil era para los ricos y el derecho penal para los pobres. Y a eso le llaman "procurar la justicia".

La *razzia* es un dispositivo de control por parte del Estado autoritario. El mensaje que te transmiten es el siguiente: no te muevas, no te salgas de la norma porque te voy a dar en la madre, estáte quieto. Es el enfrentamiento del individuo contra todo un aparato represivo que te puede hacer mierda.

Y cuando te apaña la policía en la calle más vale que tengas dinero, ¿cuánto vales? Si traes feria, hayas delinquido o no —eso es lo de menos— sacas la bronca. Pero si te apañan en la calle y no traes feria te van a inventar un resto de cargos y vas a ir a parar al bote. Yo sé de muchos camaradas que por estar pinchándose una chelita en la calle han caído en una comandancia y hasta en un reclusorio, sólo por no tener feria para pagar la multa. Por tomarse una "cheve" fueron acusados de robacoches, atracadores, drogadictos y no sé cuántos cargos más. Hazme el favor.

Pero la función de las *razzias* no es sólo castigar el cuerpo, también te quieren reformar, lavarte el cráneo para que te integres a la sociedad, el mensaje es también "ya no chupes, cabrón, necesitas ser productivo". Quieren también enderezar tu conciencia. Si traes lana te desafanas en la siguiente esquina, se acabó la bronca y sigues chupando; pero si no traes, vas pa' dentro.

La exclusión de los jóvenes

Por razón de la misma significación social de los jóvenes y no obstante su mayoría numérica en México, están excluidos del saber y

del poder: en la escuela eres alumno, en la familia eres hijo, para la sociedad eres un menor inmaduro y un riesgo, para la televisión eres argumento novelero y sobre todo sujeto de consumo.

Asistimos hoy y participamos también en una lucha por los espacios de poder que detentan los adultos, a los que no pueden acceder los jóvenes. Los adultos no van a abandonar esos espacios gratuitamente, pero a la vez impiden que los jóvenes actúen todo su potencial inherente de energía y trabajo para la transformación social.

Desde los orígenes mismos de la revolución mexicana los jóvenes fueron excluidos del proyecto estatal. Jóvenes hicieron la revolución, murieron por ella y, sin embargo, fueron los viejos generalotes los beneficiados, que se agandallaron el poder y el dinero.

El discurso estatal de exclusión permanente de los jóvenes ha permitido a los viejos eternizarse en el poder: "A los 24 años los jóvenes son inmaduros e inexpertos, son por tanto incapaces de ocupar puestos que implican el ejercicio del poder". Eso te dicen cuando te presentas a solicitar trabajo: "No tienes experiencia, lástima Margarito, no hay chamba para ti, regresa más adelante". En realidad te encierran en un círculo vicioso imposible de romper: eres joven, por tanto no tienes experiencia; no tienes experiencia porque eres joven. No sólo piensan que somos inexpertos, sino pendejos y retrasados mentales.

La juventud: ese tesoro

A los jóvenes se les ha impuesto un rol social, requieren repetir patrones de comportamiento dentro de una institucionalidad que va a imponerse a través de un proceso de violencia. Los jóvenes de las colonias populares no se tragan el cuento de que la juventud es la mejor etapa de la vida, de que la juventud es un tesoro, de que los jóvenes son la esperanza de la patria. Si le dices a un joven de Santa Fe: tú tienes un tesoro que es tu juventud y él te lo cree puedes estar seguro que va a salir corriendo al monte de piedad y lo va a empeñar. No ven así las cosas porque las han vivido de otra manera. Les han hecho creer que la juventud es una etapa crítica, de frustración permanente. Particularmente en esta época en que la pinche crisis nos ha pegado tan duro, dónde ha quedado la juventud. Tienes que chingarte, talonarle, colaborar en el sustento de tu familia y mal satisfacer tus necesidades más urgentes.

La crisis ha provocado un notable crecimiento en los índices de violencia: a escasas posibilidades de empleo mayor violencia. Llama la atención un hecho importante. Se nos había hecho creer que la violencia era un fenómeno que se manifestaba casi exclusivamente en los sectores populares, pero la realidad es otra; ya no puede ocultarse que

hoy la violencia se expresa también dramáticamente en los sectores medios de la población. Si tú te vas a la del Valle, a la Nápoles, a la Polanco, ya te están atracando ahí los chavos. Los jóvenes reflejan la crisis en su propia cotidianidad, así lo expresan en sus pintas, "ser joven no es delito", lo cual supone que el joven ha sido objeto directo de violencia, de represión.

La contribución de los medios

Yo insisto en que los medios masivos de comunicación han jugado un papel central en la intensificación de la violencia. Te presenta a la mujer como objeto sexual y te inducen permanentemente al consumo de objetos que tú nunca vas a poder obtener.

Imaginate un niño pobre que ve en la televisión los anuncios de cereales, piensa, "el niño güerito toma leche por la mañana y yo como puros frijoles". Los medios suelen presentar una visión ambigua de la mujer: al tiempo que la idealizan la denigran. Esta visión se origina en las raíces mismas de la educación familiar. A las mujeres se les educa para ser madres y esposas. No obstante, cierta apertura se manifiesta hoy con respecto a los roles tradicionales que la mujer había desempeñado en la sociedad. Sin embargo esa misma "apertura" no está exenta de violencia, que se expresa en la multiplicidad de tareas que la mujer tiene que realizar, ya no es sólo madre y esposa sino además niñera, cocinera, lavandera, educadora y ahora también proveedora económica.

La violencia que generan los medios es muy gruesa. Ver los comerciales donde se anuncian coches de lujo que valen el resto de millones de pesos, cuando muchas familias en nuestro país no tienen ni siquiera lo suficiente para comprar una patineta para sus hijos.

Los resultados, o más bien la respuesta a esta violencia, se ve en la calle, cuando un chavo sale a robar sólo está respondiendo a la violencia que genera la burguesía y el Estado en contra de la población, sobre todo de la población joven que vive en los sectores populares.

La otra violencia

Pero no sólo existe la violencia que se ejerce a través de un sistema represivo, un gobierno, una determinada estructura de poder. Yo hablaría de otra violencia que se va generando en la misma interacción humana y cuyas raíces habría que rastrearlas también en la miseria de la gente. Se trataría de una serie de reglas, normas, modos de actuar, ciertas conductas desgastadas y anquilosadas que se imponen sobre todo a la población joven como lo bueno, lo normal, lo adecuado. Lo que los jóvenes tienen qué hacer para escalar en una sociedad jerarquizada.

A nadie se le oculta que el mismo acto sexual implica cierto nivel de violencia y no hay que olvidar que muchos jóvenes del país son producto de un acto de violencia. Su desarrollo afectivo ha tenido la violencia como sustrato. En cierto modo las conductas de estos jóvenes son violentas, pero no llevan el afán de destruir, se trata más bien de conductas de defensa ante un medio hostil que los ataca desde su misma concepción. En este sentido la violencia de los jóvenes, de las bandas mismas, constituye un mecanismo de defensa ante una sociedad que los encapsula, margina y sobre todo les impone violentamente modos de comportamiento.

Ocurre que los jóvenes nunca pueden ser ellos mismos, siempre son lo que otros quieren que sean. Yo creo que cuando el joven actúa con violencia responde simplemente a un código preestablecido de leyes que se le imponen.

Los jóvenes que pertenecemos a sectores populares ejercemos una especie de contraviolencia. Se trata sólo de una respuesta a la violencia sistematizada que ha instrumentado el mismo Estado contra los jóvenes. No se puede atribuir la violencia a los sectores populares simplemente porque nosotros no tenemos el poder. En todo caso sólo respondemos a una situación de violencia generalizada que ha creado y mantiene el Estado. Imagínate un país como el nuestro en el que 300 o 400 familias —no estoy muy seguro— detentan todo el poder económico y político y controlan a toda la población, donde la mayoría padece hambre, desnutrición, desempleo, falta de vivienda, carencia de salud. Que no nos vengan a decir ahora que los narcotraficantes son los culpables de todos nuestros males, porque eso ni ellos mismos se lo creen. Muchos funcionarios se han hecho millonarios con dinero del narcotráfico. Eso todo mundo lo sabe.

En México se ha fortalecido el aparato represivo en los últimos años. Las cifras que invierte el gobierno en este rubro son estratosféricas; ojalá algún día pudiéramos conocer esas cifras. Ese control que intenta el Estado a través de sus aparatos represivos y sus normas jurídicas de buen gobierno sólo ha generado más violencia y más corrupción.

Las alternativas

Con todo, la respuesta de los jóvenes a la violencia instituida puede constituir el germen de organización de un futuro movimiento social. Sería un movimiento autónomo y autogestivo.

La violencia se contrarresta a través de la creación de más escuelas, del fomento de la cultura, de una mejor educación para el pueblo, de mejores salarios para los obreros, de oportunidades de empleo para los jóvenes, de participación, de democracia que en México se da

sólo en los discursos gubernamentales, de mayor capacitación técnica y de nivel superior, de fomento de microindustrias. Con un proyecto en esta línea la violencia se puede contrarrestar, no desaparecer.

Creemos que Santa Fe en términos de la organización de los jóvenes constituye una importante experiencia. Las acciones emprendidas han conducido a la disminución de la violencia. En 1983 la violencia aquí era de muy alto nivel. Ahora tú puedes caminar por esta zona tranquilamente y no se meten contigo. Se ha operado un cambio importante en la conciencia de la gente. No se quiere la violencia contra los mismos. La energía se está canalizando hacia la organización de un fuerte movimiento social. Eso, lo sabemos, asusta mucho al gobierno. Nuestra demanda es muy simple, que la policía tenga un cierto nivel de conciencia social, no represiva; que persiga a los verdaderos delincuentes, no a gente inocente.

Epílogo

Ante la realidad cotidiana marcada por la violencia, el desempleo, las limitaciones educativas y culturales, las carencias en los servicios de salud, los jóvenes de sectores populares no vislumbran un futuro promisorio. La crisis no puede interpretarse como un fenómeno meramente coyuntural, sino que implica la formación social en su conjunto. Los jóvenes no sólo padecen, sino que al vivirla le dan un sentido desde sus necesidades. Cada día son más lejanas las posibilidades reales de los jóvenes para su integración al desarrollo social a través de empleos remunerados y productivos.

De cara a este panorama los mismos jóvenes señalan una salida posible: dar un respuesta autogestiva y organizada que pueda constituir el germen de un fuerte movimiento social. He ahí el gran reto.

Notas y referencias bibliográficas

1. Cardenal, E. (1990). *Cántico cósmico*. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, IRESO, Guadalajara.
2. Gomezjara, F.; Pacheco, G.; et. al. (1988). *Pandillerismo en el estallido urbano*. Fontamara, segunda edición, México.
3. Lapassade, G., y Lourau, R. (1985). *Claves de la sociología*. Laia, Barcelona.
4. Villafuerte, F.; López, I., y Nava, J. (1987). "Las olas del silencio." En *Las bandas en tiempo de crisis*. Nueva Sociología, México.